

PENÍNSULA ODISEAS

El rumor de la frontera

Alfonso Armada

Viaje por el borde
entre Estados Unidos y México

Fotografías de Corina Arranz



El rumor de la frontera

Alfonso Armada

Viaje por el borde
entre Estados Unidos y México

Fotografías de Corina Arranz

ediciones península

© Alfonso Armada, 2006, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: junio de 2006

Primera edición ampliada: junio de 2016

© de las fotografías: Corina Arranz, 2006

© del mapa, Elena Segura

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

VICTOR IGUAL - fotocomposición

BOOK PRINT DIGITAL - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-9.778-2016

ISBN: 978-84-9942-520-7

CONTENIDO

Prólogo a esta edición	11
Rumbo Oeste	15
La tierra de los hechizos	23
Laboratorio hispano	29
Los vencedores escriben etcétera	35
El calvario de Corpus Christi	41
Boxeando contra sombras	47
Riberas de Matamoros	53
Narcocorrido	61
El chalán del tiempo	71
Margarito López, peyotero	77
La migra de Laredo	83
Doña Ninfa	91
La cofradía de la Santísima Muerte	97
1.37 PM en El Cenizo, 9.37 PM en Irak	103
Aire de maquiladora	109
Al oeste del Pecos	119

Espejismos en la región de la Gran Curva	129
Dostoievski en Texas	135
El Paso del Norte	143
Chéjov, calcinado	149
La geografía del mal	157
Océano de yeso	169
En el camino	175
La Reina del Cobre	183
Al Garza, vigilante	189
Samaritanos	195
Morir no entra en los planes de la gente	203
Teoría del cactus	215
No olvidado	221
Pequeños estragos	227
Hierro viejo	235
Al final de este viaje	241
La canción del ocotillo	249
Agradecimientos	301
Bibliografía	309

SAN ANTONIO

La fascinación es niña. Mi primera frontera fue la de Portugal. En aquella época perdida entre nieblas y espectros, el extranjero resultaba tan enigmático como la carne de las mujeres, y los grandes hoteles de Oporto y de Lisboa pasajes a un mundo extraordinario en el que todo lo devorado irrestrictamente en los libros cobraba vida instantánea, terrible y maravillosa. Cuando regresábamos a España no habíamos crecido lo bastante para poder elegir la ruta y el momento, y el coche que conducía mi padre, un Tiburón, era una fortaleza que parecía proteger de todas las asechanzas del futuro. Pero siempre que cruzábamos la frontera en sentido inverso era domingo por la noche, llovía, y *a raia* rezumaba una incurable melancolía. Las fronteras no han dejado desde entonces de atraparme como si tras su línea de puntos en los mapas se escondiera una verdad íntima y universal, tanto las fronteras que son metáfora como las concretas e infranqueables del extinto telón de acero. La que co-

rre entre México y Estados Unidos ha estado en el corazón de mi deseo por razones que uno puede sospechar, pero que nunca se habrán de esclarecer o de desvelar del todo. Porque no es posible. Lo escribe mejor Cormac McCarthy en su novela titulada precisamente *En la frontera*: «Usted cree que debe quedarse donde está. Lo que creo es que los muertos no tienen nacionalidad. [...] El mundo no tiene nombre, dijo. Los nombres de los *cerros* [en español en el original] y de las *sierras* y los desiertos sólo existen en los mapas. Los nombramos para no extraviarnos. Y sin embargo empezamos a inventar esos nombres porque ya nos habíamos extraviado».

La frontera desgarrada y cose, puede ser herida, arbitrio, pacto, una convención casi siempre forzada por la historia y por las armas, puerta y talud, abismo y puente: una línea imaginaria que transcribe accidentes naturales y referencias astronómicas para luego nutrir todas las escalas de los mapas que nos han atraído desde niños como los faroles a las polillas. Mientras en los poemas de Wyslawa Szymborska los bichos salvan las fronteras invisibles del paisaje sin prestar la mínima atención a la geopolítica, las hay cordiales (como las que apuran sin percatarse y ante garitas abandonadas los *carros* que huyen entre Portugal y España) y dolorosas, como la del Estrecho, que se traga a tantos de los que quieren hacer pie en nuestro sueño, y la que separa a México de Estados Unidos, con sus 3.141 kilómetros de longitud, fruto del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que en 1848 puso

fin a la guerra entre ambos e hizo perder a los descendientes de olmecas y mayas más de la mitad de su territorio: es decir, lo que hoy atiende por California, Nevada, Utah, Texas y parte de Colorado, Arizona y Nuevo México. La inspirada geógrafa Paula Rebert reconstruye en su libro *La Gran Línea* las mediciones que entre 1849 y 1857 tomaron simultáneamente dos comisiones nacionales de lindes. Dibujaron 54 pares de mapas entre Brownsville/Matamoros, en el Golfo de México, y San Diego/Tijuana, en la costa del Pacífico, que hoy envejecen en los Archivos Nacionales de Washington y en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra de la capital mexicana. «Lo que llamamos “la frontera”», escribe Robert D. Kaplan en *Viaje al futuro de imperio*, «siempre ha sido una franja de desierto agreste e inestable de varios centenares de kilómetros de ancho, donde la cultura es tan escasa como la vegetación: una región que los aztecas, a pesar de su crueldad, no fueron capaces de controlar; que los apaches atacaron duramente en los siglos XVIII y XIX, y en la que los soldados estadounidenses buscaron en vano al bandolero revolucionario Pancho Villa».

Esa frontera a veces erizada de empalizadas, muros y alambradas con torretas de vigilancia y reflectores, otras puro desierto, donde abundan coyotes y chaparrales, hileras de inmigrantes jugándose la vida, samaritanos y vigilantes con lazo y carabina, cuatreros, maquiladoras y narcos, camioneros, santeros y cantantes, hierberías y colmados, *sheriffs* y misioneros, ratas y culebras, venados y tarántulas, sahuaros y

ocotillos es la que vamos a tratar de cartografiar a ras de tierra, palmo a palmo, en un viaje de 31 días por un extraño tercer país que crece más de un 6 por ciento al año y ve su población multiplicarse en un collar de ciudades gemelas que se necesitan y se aman tan poco como se odian: McAllen y Reynosa, Los Ébanos y Gustavo Díaz Ordaz, Laredo y Nuevo Laredo, Eagle Pass y Piedras Negras, Del Río y Ciudad Acuña, Presidio y Ojinaga, El Paso y Ciudad Juárez, Douglas y Agua Prieta, Nogales y Nogales, Lukeville y Sonoíta, Calexico y Mexicali. En su emblemático «Index», comparaba en marzo de 2005 la revista *Harper's* la media de alemanes orientales que morían cada año al intentar cruzar al oeste —18—, frente a la media de mexicanos (e hispanos en general) que pierden la vida anualmente tratando de entrar en Estados Unidos a través de la frontera sur: 407. En plena canícula salieron los emigrantes y los buenos samaritanos a las calles de Las Cruces, en Nuevo México, para acusar a los *minuteman* (vigilantes voluntarios armados que pretenden que se cierre a cal y canto la frontera) de racistas. En una de las pancartas se leía: «No hemos cruzado la frontera. La frontera nos cruzó a nosotros». El profesor y ensayista Harold Bloom, que defiende la tesis de que la gran enseñanza que Don Quijote y Sancho imparten es cuán difícil e importante resulta escuchar y tratar de entender al otro, quizá el mejor viático para derribar fronteras físicas y metafóricas, descalificó en Manhattan el apocalíptico temor de un colega de Harvard, Samuel Huntington, quien sostiene que la constante llegada de inmi-

grantes hispanos desvirtuará la democracia estadounidense. Bloom no sólo cree todo lo contrario, sino que apunta por elevación: «Estados Unidos confiscó Texas y California a México y me parece un ultraje moral que los inmigrantes mexicanos sean maltratados cuando lo único que hacen es regresar a las tierras de sus antepasados».

Tierra propicia para la mezcla de sabores y humores, para el comercio y el contrabando, la aventura y la muerte, aunque manda el dólar, vale el peso. Pero son los hispanos mayoría abrumadora y el español la lengua que empapa como limo todo el trazo de este a oeste, como si callandito estuvieran reconquistando un territorio arrebatado. Es tal vez la frontera más dramática del mundo, no en vano allí se frotan como placas tectónicas la nación más rica y mejor armada de la Tierra y un país que parece aplastado por el peso de su impresionante historia (de la «raza cósmica» de sus antepasados indios), pero hincado en el Tercer Mundo. Y trenzando la línea, la herencia no caducada de exploradores, aventureros y frailes españoles que no sólo han sembrado la topografía con todo el santoral cristiano, de San Antonio a San Diego, sino que su rosario de presidios, misiones, caminos reales, plazas, ranchos, vados, apellidos y tradiciones atiranta esa otra cintura de América como una segunda naturaleza muy poco conocida en la península lejana.

En *Todos los hermosos caballos*, primera parte de su *Trilogía de la frontera*, escribe McCarthy, un autor afincado en Santa Fe que ha hecho del borde una condición indispensa-

ble de su tejido narrativo y de su filosofía existencial: «Después de cenar siguieron en la mesa, fumando y bebiendo café, y los *vaqueros* les hicieron muchas preguntas sobre Estados Unidos y todas las preguntas eran sobre caballos y ninguna acerca de ellos mismos. Algunos tenían amigos o parientes que habían estado allí, pero para la mayoría el país del norte era poco más que un rumor». Ese rumor bronco y fascinante es el que a partir de mañana empezaremos a rastrear en zigzag, bajo un sol que poco sabe de clemencias. Porque los cielos son mucho más grandes aquí, más inabarcables: caben más nubes, más luz, más sueños.

LA TIERRA DE LOS HECHIZOS



Saloon del Buckhorn Hall of Horns. San Antonio, Texas.

SAN ANTONIO

«Donde todo se sabe no hay narración posible». Nada que objetar a la advertencia de Cormac McCarthy. Llegamos a San Antonio con imágenes preconcebidas, y por eso desenfocadas. Llegamos a este viaje por la frontera entre México y Estados Unidos con un itinerario mental que debía traducirse sobre el mapa de la realidad y luego levantarse de tal forma que las palabras y las imágenes fueran algo más que polvo, un recorrido inteligible que invitara a otros a seguir los pasos o al menos a calzarse nuestras sandalias, a montarse en nuestro Chevrolet compacto (para que pasara lo más inadvertido posible, para que no suscitara sospechas ni codicia) con los oídos y los ojos tan abiertos como esos observatorios astronómicos y estaciones de seguimiento de satélites. Desde lejos —apunta también McCarthy, que de vez en cuando tiene salidas de comanchero—, las blancas cúpulas

las que dan cobijo a los telescopios a veces se confunden con las misiones españolas que surgieron como apariciones en tierras del todo ignotas para los europeos que, siglos después, siguen sin acabar de entender muy bien qué carajo es Estados Unidos. Y entre los enigmas mayores, el de Texas, y el de esa sangrante frontera sur, que vista desde la otra vertiente se llama simplemente «El Norte» y es, escribe Sergio González Rodríguez en su estremecedor ensayo *Huesos en el desierto*, «la tierra de las realidades y de los hechizos imaginarios».

Desde que el explorador Alvar Núñez Cabeza de Vaca se aventurara en 1535 por pagos que el tiempo acabaría nombrando Texas en recuerdo a los indios que allí había, son muchos los aluviones de gentes y meteoros que han caído sobre este rincón del Golfo de México donde desemboca un río que al norte llaman Grande y al sur Bravo o Río del Norte que ahora divide como frontera lo que antes era una sola tierra llamada Nueva España, es decir, México. Entre las muchas misiones y presidios que aquí se levantaron, y que fatigan Texas de topónimos y apellidos españoles, la misión de San Antonio de Valero, fundada en 1718 por franciscanos, acabó siendo la más afortunada. Parada obligada del Camino Real que nacía en la ciudad de México, su plaza mayor se llama De las Islas en homenaje a las familias de canarios que aquí llegaron como colonos enviados por el rey y echaron raíces que hoy se perpetúan, como da fe la catedral de San Fernando,alzada en el kilómetro cero/centro geográfico de

San Antonio. Desde que los guanches pusieran en 1738 la primera piedra, en ella nunca ha dejado de rezarse, lo que la convierte en la más antigua de Estados Unidos a la hora de hablar de culto no interrumpido.

San Antonio habla español por los cuatro costados y desde su nombre a su paladar, su clima y su arquitectura transpiran un pasado que compagina lo texano con un orgullo que parece intrínsecamente gringo y es al tiempo de raíz mexicana e índole española. Una rara pleura pleórica de contradicciones. Está lo suficientemente lejos de la frontera física como para sufrir sus trasiegos ni sus tensiones en primera línea, pero los coletazos de la rociada fronteriza le conciernen: en la cercana ciudad de Victoria murieron en la primavera del año 2003, asfixiados en un camión de transporte de leche, 19 inmigrantes hispanos. Bajas de otra guerra distinta de la que en 1836 hizo que Texas ingresara en el panteón de hitos fundacionales de Estados Unidos que el cine y su predisposición para el hechizo alimenta con la fe del tío Gilito. El Álamo, como fue rebautizada la ya secularizada y abandonada misión en 1801 apropiándose del santo y seña de un destacamento de caballería español, es el verdadero núcleo imantado de San Antonio. Una constante recua de curiosos y patriotas que quiere palpar las piedras donde tras 13 días de asedio las tropas del general Santa Anna liquidaron el 6 de marzo de 1836 a 189 independentistas texanos, entre ellos David Crockett (un hotel que enarbola su nombre corona los muros del antiguo fuerte), aventureros de

Tennessee y Nueva York, irlandeses, británicos, algún alemán y varios mexicanos asentados en tierras que entonces eran México. Quien hoy vuelve a sitiar El Álamo son vendedoras hispanas de «raspas» o «piraguas» de nieve, como Melissa Baez, que atesora una implacable teoría sobre el crimen y el castigo que encaja a la perfección con la silla eléctrica: un hechizo texano al que fueron muy aficionados George W. Bush y su actual *ministro* de Justicia, Alberto Gonzales, antes consejero del gobernador en Austin, la capital del Estado de la estrella solitaria. Entre los antros que han florecido al albur del rentable ardor patriótico, uno propone la delicia de experimentar una descarga no letal, calambrazo que declinamos. Las ostensiblemente más nutridas tropas de Santa Anna apagaron el foco revolucionario, pero no la mecha que llevaría primero a los tres trienios de Texas soberano y doce años más tarde a la pérdida de medio país a manos del ambicioso vecino que sentaba así los reales de su potencia futura. Los jardineros mexicanos que riegan «el monumento» se toman un respiro del calor asfixiante a la sombra de una vieja encina y dicen que «los gringos cambian la historia».

LABORATORIO HISPANO

